



Como Fidel había dicho, llegaron los tanques y la artillería junto a otros refuerzos.

concentración de fuerzas. Era previsible entonces que intentaran atacarnos al amanecer, dejando el sol a su espalda para ocultarse. De ahí las medidas que se tomaron. En efecto, amanecía cuando un avión se aproximó y no atacó Pálpite, pues se desvió por el fuego intenso que inició nuestra artillería antiaérea ante su proximidad.

Por declaraciones de mercenarios capturados, que corroboran documentos desclasificados después, supimos que ese avión informó de las numerosas fuerzas que se agrupaban en Pálpite. Ese aviso decidió, en mi opinión, que de modo inmediato y sin más consultas, Erneido Oliva, segundo jefe militar de la Brigada, dispusiera la retirada apresurada de Playa Larga del batallón 2 y las unidades de refuerzo bajo su mando, y su traslado a Playa Girón.

El 123, bajo el mando del Teniente MNR Orlando Suárez Tellería, no llegó hasta el mediodía, y al batallón 180 al mando del Teniente MNR Jacinto Vázquez de la Garza le encomendé, poco después de amanecer, atacar y tomar Playa Larga.

Alrededor de las 8:00 de la mañana del día 18, cuando el Batallón 180 se aproximaba a Playa Larga, salieron a la carretera varias decenas de personas —hombres, mujeres y niños— que portaban sábanas blancas. Eran vecinos del lugar que permanecieron allí prisioneros de los mercenarios. Gracias a ellos pudimos conocer algunos detalles de la composición de la fuerza enemiga: no había ningún extranjero en aquella tropa pero se comportaba como un ejército de ocupación, venían organizados, armados y reclutados por una potencia extranjera que los pagaba.

Cumpliendo órdenes la sexta compañía de la Escuela de Responsables de Milicias, al mando del teniente José A. Palacios Suárez con un tanque y una batería de morteros de 82 mm, se movía en la maleza para salir a Buenaventura. Tomada ya Playa Larga, esa unidad se iba abriendo paso trabajosa y lentamente a través de la vegetación para llegar a ese destino, que no alcanzó. Se le mandó un mensaje y pudo ser localizada antes de que saliera a Buenaventura. Se retiró por el mismo sendero que abrió para avanzar.

En la mañana del día 18, estando todavía en Pálpite, tuve la primera información de valor sobre la magnitud de la invasión mercenaria y acerca de sus jefes. Un mercenario capturado con una aparatosa pero no grave herida superficial a lo largo de la espalda, me brindaría datos interesantes.

Lo interrogué durante unos minutos mientras se buscaba la manera de que fuera trasladado para que lo asistiera un médico. Le dije lo que él estaba obligado a decir y lo que no estaba obligado, y lo invité a que me diera información sobre la invasión.

INFORMACIÓN SOBRE LA INVASIÓN

El prisionero ofreció, aproximadamente, el número de hombres que componía la Brigada y dijo que sus dirigentes principales eran José Antonio Pérez San Román y Erneido Andrés Oliva González, primer y segundo jefe, respectivamente, de la tropa invasora. Añadió que en esos momentos Oliva estaba al mando de los hombres posesionados en Playa Larga, que eran los del Batallón número 2, cuyo jefe era Hugo Sueiro. Me informó que oficiales de las fuerzas armadas de los Estados Unidos los habían entrenado y de los barcos de la Marina de Guerra de ese país en las cercanías.

La información nos corroboró el carácter verdaderamente mercenario de la Brigada. Lo menciono para que las nuevas generaciones no olviden que Washington reclutó a centenares de esos hombres con la finalidad de reimplantar en Cuba el sistema político y social que comenzó a ser desmantelado aquí a partir del 1ro de Enero de 1959.

Y que el imperio sigue tratando de hacerlo con saña y sin escrúpulos.

Por aquel prisionero supe además, y lo constaté a medida que pasaban las horas, que soldados y oficiales del antiguo Ejército formaban parte de la Brigada mercenaria y que al menos una decena de esos exoficiales fueron alumnos o discípulos míos en la Escuela de Cadetes de Managua, lo que para mí, en el plano personal, era vergonzoso.

Varios de ellos, cuando me vieron, se arrodillaron. Imploraban por su vida. Decían: “Tú sabes que yo tengo mujer e hijos...”, como si los milicianos y militares que los enfrentamos no los tuviésemos también. Fue un espectáculo muy triste. Sin embargo, no se tomó represalia alguna con ellos. Ninguno resultó maltratado ni ofendido. Se le dio agua al sediento y se les alimentó de acuerdo con las posibilidades. Todos los heridos y lesionados recibieron prioritariamente asistencia médica. La política seguida por el compañero Fidel en la Sierra Maestra se cumplió: absoluto respeto a los prisioneros, heridos o no.

No quiero dejar de mencionar en este recuento un caso al que he aludido otras veces. José A. Pérez San Román y Erneido A. Oliva González pertenecían al mismo curso en la Escuela de Cadetes. Pérez San Román fue el primer expediente de su promoción, y Oliva, el segundo expediente.

Hago un paréntesis y avanzo en el tiempo para referirme a Oliva:

Al triunfo de la Revolución, Oliva pasaba un curso en una Escuela del Ejército de Estados Unidos, en Panamá. Regresó a Cuba en enero o febrero de 1959 y nos vimos en una visita que él hizo al campamento de Managua. Pasó el

tiempo y cuando el Comandante en Jefe me asignó la tarea de organizar la Escuela de Responsables de Milicias, yo solo tenía un grupo de profesores, ya insuficiente, para cumplir su misión en la Escuela de Cadetes.

El Compañero Fidel había organizado en el Instituto Nacional de Reforma Agraria un grupo de cuarenta o cincuenta oficiales del antiguo Ejército que habían pasado a trabajar a sus órdenes como inspectores.

Pedí a Fidel que me facilitara unos quince de aquellos oficiales para que sirvieran como profesores en la Escuela. Y, entre ellos, escogí a Oliva, inteligente, preparado, negro y aunque prepotente, no fácil en su trato y un tanto resentido, estimé que podría ser útil.

Fidel ordenó que aquellos oficiales seleccionados se me presentaran y en las entrevistas que sostuve con ellos les explicaba la misión que teníamos por delante en la formación de oficiales para las Milicias.

Con Oliva tuve un trato especial, pues no asistió a la reunión colectiva y lo recibí solo. Le expliqué la tarea en detalle y le pregunté varias veces si aceptaba. Insistí en que era voluntario lo que le pedía, que podía aceptar o no. Aceptó.

Se acercaba el inicio del curso y Oliva, aduciendo problemas familiares, pidió un permiso de dos o tres días para ausentarse de la Escuela. Le concedí el permiso y cuando se cumplió el plazo, llamó por teléfono para solicitar una prórroga. Se la concedí, no sin advertirle la fecha de inicio del curso y de lo imprescindible que resultaba que estuviera presente.

Llegó el día que comenzó el curso y Oliva no llegó. Mandé que lo localizaran en su casa. No estaba y los familiares alegaron que desde dos días antes no sabían nada sobre él. En resumen, Oliva había abandonado el país.

Cuando concluyeron las acciones de Playa Girón se dispuso que los mercenarios, a medida que fueran capturados, se les internara en los vestidores (taquillas) del centro turístico, situados entonces en el área donde ahora está el bar del Hotel Playa Girón y locales de oficinas que le siguen.

Se colocó a un alumno de la Escuela de Responsables de Milicias de Matanzas, José Guarino Castillo González, quien en la puerta custodiada tomaba el nombre de cada capturado que llegaba. Cada dos o tres horas me informaba y yo me daba una vuelta por el lugar a fin de conocer cuántos y quiénes habían sido capturados.

Está establecido que el prisionero, con independencia de su grado, rinda cortesía militar al oficial que lo capturó o que bajo su custodia se encuentre.

En una de mis visitas al vestidor, advertí a alguien que no se puso de pie a la voz de “atención”. Permaneció sentado con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Me paré frente a él.

Prisionero ¿usted no sabe que tiene que ponerse de pie?

El hombre, un poco reticente, levantó la cabeza. Era Oliva. Había dado un nombre falso en la entrada a fin de evadir su responsabilidad. Se puso en atención al instante.

-Me hicieron prisionero porque se me acabaron las balas de la pistola —me dijo.

Saqué mi pistola y se la tendí.

-Toma la mía.

Reaccionó de inmediato:

-Esto es un abuso por parte suya.

Ese fue el único abuso cometido con los prisioneros.

En verdad, lo reconozco, era un abuso. Pero creo que tenía algún derecho ante la traición personal de que fui objeto por parte de un hombre que fue mi alumno y a quien brindé la opción voluntaria de servir a la Revolución y estar a mis órdenes en una tarea digna. En cambio, me engañó, desertó y vino a enfrentarse a su pueblo en nombre de una potencia extranjera. **(Continuará)**